

## Las bibliotecas en la era digital

Robert Darnton

Robert Darnton es historiador reconocido y una autoridad en historia cultural de la Europa del siglo XVIII. Profesor de historia europea en la Universidad de Princeton durante muchos años, actualmente es director de la Harvard Library. Entre sus obras traducidas se cuentan Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen (FCE-Turner, 2004), El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores (FCE, 2004), El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800 (FCE, 2006), La gran matança de gats i altres episodis d'història cultural francesa (PUV, 2006) y Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución (FCE, 2008). Este artículo («The Library in the New Age») apareció originalmente en The New York Review of Books, 12 junio 2008.

1. La información que hay en nuestro entorno se expande desmesuradamente y la tecnología de la información cambia a una velocidad desconcertante. Tanto es así que debemos afrontar algunos problemas fundamentales: ¿cómo podemos orientarnos en este nuevo paisaje del que formamos parte? O, por ejemplo, ¿qué será de las bibliotecas de investigación a la vista de maravillas tecnológicas como *Google*?

¿Cómo captar el sentido de todo eso? No tengo ninguna respuesta a esa pregunta, de modo que sólo me queda proponer una aproximación: observar cómo se ha comunicado la información en el pasado. Simplificando mucho las cosas, podríamos decir que ha habido cuatro cambios fundamentales en la tecnología de la información desde que los seres humanos aprendieron a hablar.

En algún lugar, hacia el 4000 a. de C., los seres humanos aprendieron a escribir; los jeroglíficos egipcios se remontan al 3200 a. de C.; la escritura alfabética se data en el 1000 a. de C. Según afirman los estudiosos, como Jack Goody, la invención de la escritura fue el avance tecnológico más importante de la historia de la humanidad. Transformó la relación de los seres humanos con su pasado y abrió una vía para que el libro apareciera como una fuerza en la historia. Por otra parte, en algún momento de las primeras décadas de la Era Cristiana, la historia de los libros registró un segundo cambio tecnológico cuando el códice sustituyó al rollo. Durante el siglo III, el códice –es decir, libros con páginas que se podían pasar, en comparación con los rollos que se tenían que desenvolver– se convirtió en un factor crucial para la propagación del cristianismo. Transformó la experiencia de la lectura: la página se presentaba como una unidad de percepción y los lectores podían hojear su contenido a través de un texto claramente articulado, un texto que eventualmente incluía palabras diferenciadas (es decir, palabras separadas por espacios), párrafos y capítulos, además de índices y otras ayudas al lector.

A su vez, el códice fue transformado por la invención de la imprenta de tipos móviles en la década de 1450. A decir verdad, fueron los chinos quienes lo idearon en torno a 1045, y los coreanos sustituyeron los bloques de madera por los caracteres de metal alrededor del año 1230. Pero la invención de Gutenberg, a diferencia de lo ocurrido en el Extremo Oriente, se extendió como un reguero de pólvora, haciendo que el libro estuviera al alcance de círculos de lectores cada vez más amplios. Durante casi cuatro siglos, la tecnología de la imprenta apenas se modificó, pero el público lector creció cada vez más, gracias a las mejoras en la instrucción, en la educación, y gracias al acceso a la palabra impresa. Los folletos y los periódicos, hechos con prensas a vapor que imprimían sobre un papel que procedía cada vez más de la pulpa de madera y no tanto de trapos,

ampliaron el proceso de democratización hasta el punto de aparecer un público lector masivo durante la segunda mitad del siglo XIX.

El cuarto gran cambio, la comunicación electrónica, sucedió ayer, o anteayer, según cómo lo midamos. Internet se fecha a partir de 1974, al menos como término. Se desarrolló a partir de ARPANET, que es de 1969, y de experimentos anteriores en la comunicación entre redes de ordenadores. La web comenzó como un medio de comunicación entre físicos en 1981. Las páginas web y los motores de búsqueda llegaron a ser algo habitual a mediados de los noventa. Y a partir de aquí todos sabemos la sucesión de nombres que han hecho de la comunicación electrónica una experiencia diaria: navegadores como *Netscape*, *Internet Explorer* y *Safari*, y buscadores como *Yahoo* y *Google*, este último fundado en 1998.

Cuando ocurre de este modo, el ritmo del cambio parece impresionante: de la escritura al código, 4.300 años; del código al tipo móvil, 1.150 años; del tipo móvil a Internet, 524 años; de Internet a los buscadores, 19 años; de los buscadores a la clasificación algorítmica de *Google*, 7 años. ¿Y quién sabe lo que nos espera a la vuelta de la esquina o lo que está ahora mismo en proyecto?

Cada cambio tecnológico ha transformado el paisaje de la información, y la aceleración ha continuado a tal ritmo que parece imparable e incomprensible. A largo plazo –utilizando esa perspectiva que los historiadores franceses denominan *la longue durée*– el marco general parece bastante claro, o más bien vertiginoso. No obstante, al presentar los hechos de este modo, llevo a una conclusión excesivamente dramática. Los historiadores, tanto los americanos como los franceses, utilizan a menudo esos trucos. Si reordenamos los acontecimientos es posible obtener un dibujo distinto, un trazo que acentúe la continuidad en vez del cambio. La continuidad que tengo en mente tiene que ver con la propia naturaleza de la información o, dicho de otro modo, con la inherente inestabilidad de los textos. Hay una perspectiva que contempla las transformaciones tecnológicas a largo plazo. Esa perspectiva sostiene la idea de que acabamos de entrar en una nueva era, la de la Edad de la Información. Yo, por el contrario, quiero defender que cada edad del pasado ha sido una edad de la información, cada una a su modo, y quiero sostener también que la información ha sido siempre inestable.

Comencemos con Internet y vayamos remontándonos hacia atrás en el tiempo. Más de un millón de blogs han aparecido durante los últimos años. Han dado lugar a un sinfín de anécdotas sobre la propagación de información falsa, parte de la cual suena a leyendas urbanas. Por ejemplo, creo que la siguiente historia es cierta, aunque no puedo confirmar su exactitud, dado que la he obtenido en la propia red. Un periódico satírico, *The Onion*, difundió una especie de broma: un arquitecto había creado un nuevo tipo de construcción en Washington D.C., un edificio con una bóveda descapotable. En los días soleados, bastaría con pulsar un interruptor para que la bóveda se plegara, asemejándose así a un estadio de fútbol. En cambio, en días lluviosos sería como el edificio del Capitolio. Esta historia viajó de página en página web hasta llegar a China, donde se publicó en el rotativo impreso *Evening News*, de Pekín. De esa fuente la tomaron *Los Angeles Times*, el *San Francisco Chronicle*, *Reuters*, la *CNN*, *Wired.com* e incontables blogs, presentándola como la forma en que los chinos ven a los Estados Unidos: piensan que vivimos en edificios descapotables, por la misma razón que conducimos coches de ese tipo.

Otras historias sobre los blogs inciden en la misma conclusión: las bitácoras crean noticias, y las noticias pueden adquirir la forma de una realidad textual que bate a la realidad misma ante nuestras propias narices. Muchos periodistas pasan hoy más tiempo siguiendo los blogs que comprobando fuentes tradicionales, como sería, por ejemplo, consultar al portavoz de una determinada autoridad. En la era de información, las noticias se han liberado de sus ataduras convencionales, haciendo posible la desinformación a escala global. Vivimos en una época de acceso a la información sin precedentes, pero a una información cada vez menos fiable. ¿O no es así?

Creo que las noticias han sido siempre un artefacto y nunca correspondieron del todo a lo que realmente sucedió. Hoy en día, vemos la primera página de un periódico como un espejo de los acontecimientos acaecidos el día anterior, cuando en realidad fue compuesta a última hora de la tarde por los *maquetadores*, que diseñan la página según convenciones arbitrarias: la historia principal en la columna de la derecha; las que no lo son tanto a la izquierda; las más ligeras dentro o en la parte inferior; los reportajes más llamativos introducidos con unos titulares especiales. El diseño tipográfico orienta al lector y moldea el significado de las noticias. Las propias noticias adquieren la forma de narraciones compuestas por profesionales según las convenciones que aprendieron durante su formación: el modo expositivo de la «pirámide invertida», el titular «llamativo», el código para diferenciar lo que son fuentes de «alta» o de «altísima» fiabilidad, y así sucesivamente. Las noticias no son lo que sucedió, sino un relato de lo que sucedió.

Por supuesto, muchos periodistas hacen todo lo que pueden para ser precisos, pero deben ajustarse a las convenciones de su oficio, y siempre hay una cierta distancia entre las palabras que se escogen y la naturaleza de un acontecimiento tal como otros lo experimentan o perciben. Preguntémosle a una persona que haya estado implicada en un suceso cubierto por la prensa. Nos dirá que ni se reconoce a sí misma ni al acontecimiento tal como se ha relatado en el periódico. En la Unión Soviética, los lectores más despiertos aprendieron a desconfiar de todo lo que aparecía en *Pravda* e incluso interpretaban los silencios como un indicio de que algo se avecinaba. El 31 de agosto de 1980, Lech Walesa firmó el acuerdo con el gobierno polaco para la creación de *Solidaridad* como sindicato independiente. Ante la noticia, en principio los polacos rehusaron creérselo, y no porque no tuvieran conocimiento de ello sino porque fue la televisión controlada por el Estado la que lo difundió.

Yo mismo fui periodista. Mi instrucción básica la obtuve siendo un universitario que cubría la jefatura de policía en Newark, en 1959. Aunque había trabajado en periódicos estudiantiles, no sabía qué eran las noticias; es decir, qué acontecimientos eran susceptibles de ser una historia y qué combinación de palabras permitirían que esa historia fuera aceptada para ser impresa una vez pasada la criba del editor nocturno de la sección local. Cuando los sucesos llegaban a dicha jefatura, lo normal era que se convirtieran en *squeal sheets*<sup>1</sup>, es decir, informes mecanografiados a partir de las llamadas recibidas en la centralita telefónica. Los *squeal sheets* se referían a cualquier cosa, desde perros callejeros a asesinatos, y se acumulaban a un ritmo de una docena cada media hora. Mi trabajo consistía en recogerlos de un teniente que había en la segunda planta, repararlos para ver si había algo noticioso y dar cuenta de su potencial a un grupo de veteranos informadores de una docena de periódicos que jugaban al póquer en la sala de prensa de la planta

1. Expresión de difícil traducción literal. Sería algo así como «una hoja o un parte de soplos», es decir, de chivatazos.

baja. Jugar al póquer hacía las funciones de filtro para las noticias. Uno de los reporteros decía si valía la pena verificar algo de lo que había seleccionado. Yo mismo hacía la comprobación, generalmente llamando por teléfono a la brigada de homicidios. Si la información era lo bastante buena, se lo decía a los de la mesa de póquer, cuyos integrantes telefoneaban entonces a sus respectivas redacciones. Pero la cosa tenía que ser lo bastante buena –es decir, lo que la gente normal consideraría algo malo– para que estuviera justificada la interrupción de aquel juego interminable. El póquer era su principal interés. El de todos, excepto el mío: no me podía permitir ese lujo (pues cada apuesta costaba un dólar, y eso era mucho dinero en aquella época) y, en cambio, necesitaba desarrollar mi olfato para las noticias.

Pronto aprendí a que me fueran indiferentes los DOA (*dead on arrival*, «ingresado cadáver», es decir, un fallecimiento rutinario) y los atracos en gasolineras, pero me llevó tiempo reconocer algo realmente «bueno», como el asalto a un almacén respetable o la rotura de una cañería en un barrio céntrico de la ciudad. Un día encontré un *squeal sheet* tan bueno –una combinación de violación y asesinato– que me fui derecho a la brigada de homicidios en vez de pasar primero la información a la mesa de póquer. Cuando se la mostré al teniente de guardia, me miró con disgusto: «¿Es que no lo ves, muchacho?», me dijo, señalando una B entre paréntesis tras los nombres de la víctima y del sospechoso. Sólo entonces me di cuenta de que cada nombre iba seguido de una B o una W. No sabía que los crímenes que implicaban a personas negras no se calificaban como noticias.

Dado que aprendí a redactar noticias, ahora desconfío de los periódicos como fuente de información, y a menudo me sorprende de que haya historiadores que los tomen como fuentes primarias para saber qué sucedió realmente. Pienso que los periódicos se deberían leer para obtener información sobre cómo los contemporáneos interpretaron los acontecimientos, más que como un conocimiento fiable de los propios acontecimientos. Un estudio sobre las noticias durante la Revolución americana de uno de mis estudiantes de posgrado, Will Slaughter, podría servir de ejemplo<sup>2</sup>. Will siguió las crónicas de la derrota de Washington en la batalla de Brandywine tal como fue recogida en la prensa americana y europea. En el siglo XVIII, las noticias tomaban normalmente la forma de sueltos aislados y no eran como las «historias» que conocemos hoy en día, y los periódicos obtenían la mayor parte de sus sueltos unos de otros, añadiendo nuevo material que extraían de los chismes que se contaban en los cafés o de los capitanes de navío que regresaban de sus viajes. Un periódico oficialista de Nueva York publicó las primeras noticias de Brandywine usando una carta en la que Washington informaba al Congreso de que se había visto forzado a retirarse ante las fuerzas británicas comandadas por el general William Howe. Un ejemplar del periódico viajó en barco, pasando de Nueva York a Halifax y luego a Glasgow y a Edimburgo, en donde el suelto y la carta fueron reimpresos en un diario local.

Las reimpressiones de Edimburgo fueron a su vez reimpresas en varios periódicos londinenses, lo cual significaba en cada caso la introducción de sutiles variaciones. Los cambios eran importantes, porque los especuladores arriesgaban enormes sumas sobre el curso que seguiría la guerra americana, unos apostando a la baja y otros jugando

2. Se refiere a «Recycling the News in the Eighteenth-Century Blogosphere», texto presentado por Slaughter en febrero de este año al Book History Colloquium, celebrado en la Columbia University.

al alza. Todo ello ocurría mientras el Gobierno presentaba el presupuesto ante el Parlamento, donde la oposición proamericana amenazaba con derrocar al Gobierno de Lord North. A una distancia de tres mil millas y de cuatro a seis semanas de navegación, los acontecimientos que ocurrían en América eran cruciales para la resolución de esta crisis financiera y política.

¿Qué había sucedido realmente? Los londinenses habían aprendido a desconfiar de sus periódicos, que con frecuencia distorsionaban las noticias cuando se copiaban los sueltos unos a otros. Que el suelto original procediera de un periódico americano leal hizo que el público sospechara al leerlo. Las vueltas que dio antes de llegar lo hicieron aún más dudoso, pues ¿por qué Washington anunciaría su propia derrota, cuando Howe todavía no había informado de la victoria con un despacho enviado directamente desde Filadelfia, cerca del escenario de los hechos? Por otra parte, algunos informes advertían que Lafayette había sido herido en la batalla, algo imposible para los lectores británicos, que creyeron (equivocadamente y debido a informaciones previas inexactas) que Lafayette estaba lejos de Brandywine, luchando contra el general John Burgoyne cerca de Canadá.

Finalmente, una atenta lectura de la carta de Washington reveló toques de estilo que no podían provenir de la pluma de un general. Uno –el uso de «arraying» en vez de «arranging» para hablar de la formación de sus tropas<sup>3</sup>– se descubrió más tarde que era un error tipográfico. Por tanto, muchos londinenses concluyeron que el informe era un fraude, dirigido a favorecer los intereses de los especuladores que apostaban al alza en la bolsa y de los políticos del partido *tory* –tanto más cuanto que la cobertura de la prensa fue hinchando el asunto a lo largo del proceso de plagio. Algunos periódicos de Londres afirmaron que esa derrota menor había sido una importante catástrofe para los americanos, hasta el punto de suponer la aniquilación del ejército rebelde y la muerte del propio Washington (de hecho, la muerte se anunció cuatro veces durante la cobertura de la guerra, y la prensa londinense comunicó en veintiséis ocasiones el fallecimiento de Benedict Arnold).

*Le Courier de l'Europe*, un periódico francés editado en Londres, imprimió un resumen traducido de los informes ingleses con una nota en la que se advertía de que probablemente eran falsos. Esta versión del acontecimiento circuló por una docena de periódicos franceses publicados en los Países Bajos, Renania, Suiza y la propia Francia. Para cuando llegó a Versalles, las noticias sobre la derrota de Washington habían sido totalmente descartadas. Por tanto, el conde de Vergennes, ministro francés de asuntos exteriores, continuó apoyando la intervención militar en favor de los americanos. Así, cuando tras un largo retraso llegó finalmente a Londres el despacho en el que Howe anunciaba su victoria (durante dos semanas, e inexplicablemente, había descuidado informar de ello), la noticia fue eclipsada por otra mucho más espectacular, la que daba cuenta de la derrota de Burgoyne en Saratoga. De ese modo, la derrota de Brandywine se convirtió en un caso de noticia malinterpretada, escrita y leída erróneamente –una suerte de (*inexistente*) suceso mediático cuyo significado estuvo determinado por el proceso de transmisión, como lo de los blogs con la casa descapotable y la filtración de partes de delitos en la jefatura de policía de Newark.

La información nunca ha sido estable. Eso puede ser una obviedad, pero da que pensar. Podría servir como correctivo a la creencia de que la celeridad del cambio tecnológico

3. El sentido es similar y ambas fórmulas son posibles. Se refieren a la formación o a la disposición de las tropas, pero es evidente que la incorrección sólo se puede advertir en el original inglés de la época.

nos ha catapultado a una nueva era, en la que la información está desbocada. Yo diría que la nueva tecnología debe forzarnos a repensar la propia noción de información. No debe ser entendida como si adquiriera la forma de hechos contundentes o de pepitas de realidad listas para ser extraídas de los periódicos, de los archivos y de las bibliotecas, sino como mensajes que cobran nueva forma en el proceso de transmisión. En vez de documentos firmemente fijados, hemos de tratar con textos múltiples, cambiantes. Al estudiarlos con desconfianza en las pantallas de nuestros ordenadores, podemos aprender cómo leer nuestro periódico de forma más eficaz —e incluso cómo apreciar los viejos libros.

Los bibliógrafos lo advirtieron mucho antes de que apareciera Internet. Sir Walter Greg lo desarrolló a finales del Ochocientos y Donald McKenzie un siglo después. Su trabajo proporciona una respuesta a las preguntas planteadas por *bloggers*, *googlers* y otros entusiastas de Internet: ¿por qué conservar varias copias de un libro?, ¿por qué gastar grandes sumas comprando primeras ediciones?, ¿acaso las colecciones de libros raros no están condenadas a la obsolescencia ahora que todo estará disponible en Internet?

Los descreídos suelen despachar la determinación que mostraba Henry Clay Folger al acumular copias de la primera edición en folio (*First Folio*) de Shakespeare como la rareza de un maniático. La *First Folio*, publicada en 1623, siete años después de la muerte de Shakespeare, contenía la más temprana colección de sus obras, pero la mayoría de los coleccionistas asumieron que una copia era suficiente para cualquier biblioteca de investigación. Cuando la colección de Folger superó las tres docenas de copias, sus amigos empezaron a burlarse llamándole *Forty Folio Folger*<sup>4</sup>. Desde entonces, sin embargo, los bibliógrafos han profundizado en esa colección para obtener información crucial, no sólo para editar las obras sino para representarlas.

Al final se ha demostrado que dieciocho de las treinta y seis obras de la edición *First Folio* nunca habían sido impresas con anterioridad. De cuatro sólo se tenían noticias previas a través de copias defectuosas conocidas como «malas» ediciones en cuarto, libretos de obras concretas impresas durante la vida de Shakespeare, a menudo a cargo de editores sin escrúpulos que usaban versiones corruptas de los textos. Doce fueron reimpresas con modificaciones a partir de ediciones en cuarto relativamente buenas; y solamente dos fueron reimpresas sin cambios tomando las iniciales ediciones en cuarto. Dado que ninguno de los manuscritos de Shakespeare ha sobrevivido, las diferencias entre estos textos pueden ser cruciales a la hora de determinar qué escribió. Pero la *First Folio* no admite comparación con las ediciones en cuarto, porque cada copia del *Folio* es diferente de las otras. Cuando se imprimía en el taller de Isaac Jaggard entre 1622 y 1623, el libro tuvo tres ediciones muy distintas. En algunas copias faltaba *Troilo* y *Crésida*, algunas incluían un *Troilo* completo, mientras otras tenían el texto principal de *Troilo* pero sin el prólogo y con un final tachado de *Romeo* y *Julieta* en el dorso de la hoja que contenía la primera escena del *Troilo*.

Las diferencias se componían de casi un centenar de correcciones de última hora y se debían a las prácticas peculiares de al menos nueve cajistas que fijaron la copia mientras realizaban también otro trabajo; y de vez en cuando dejaban a Shakespeare en manos de un incompetente aprendiz adolescente. Discutiendo sobre las variaciones en los textos, bibliógrafos como Charlton Hinman y Peter Blayney han reconstruido el proceso de producción llegando así a conclusiones convincentes sobre las obras más importantes en lengua inglesa<sup>5</sup>. Este meticuloso estudio académico no habría sido posible sin los *Folios* del señor Folger.

4. Se podría traducir como «Folger Cuarenta Folios», pero se perdería la sonoridad del original.

5. Cabe suponer que se refiere al volumen *The First Folio of Shakespeare: The Norton facsimile* (Nueva York, Norton, 1996) y a las introducciones que ambos autores hicieron a la primera y a la segunda edición, en 1968 (Hinman) y 1996 (Blayney) respectivamente. El volumen se basa en la colección de la Folger Library.



Por supuesto, Shakespeare es un caso especial. Pero la estabilidad textual nunca existió en las épocas previas a Internet. La edición más ampliamente difundida en Francia de la *Encyclopédie* de Diderot en el siglo XVIII contenía centenares de páginas que no existieron en la edición original<sup>6</sup>. Su redactor era un clérigo que rellenó el texto con los extractos de un sermón de su obispo para ganarse el favor de éste. Voltaire consideraba la *Encyclopédie* tan imperfecta que diseñó su última gran obra, *Questions sur l'Encyclopédie*, como una secuela en nueve volúmenes de aquélla. Para condimentar su texto y aumentar su difusión, colaboró con quienes pirateaban a su propio editor, añadiendo pasajes a esas ediciones piratas.

De hecho, tanto jugó Voltaire con sus textos que los libreros se quejaron. En cuanto vendían la edición de una obra, aparecería otra, que contenía adiciones y correcciones del autor. Sus clientes protestaban. Algunos incluso manifestaron que no comprarían una edición de las obras completas de Voltaire –y eran muchos, muy distintos los unos de los otros– hasta que se muriera, un acontecimiento anticipado con impaciencia por los minoristas del comercio del libro.

La piratería estaba tan extendida a principios de la Europa Moderna que los *best seller* no podían tener el éxito que cosechan hoy en día<sup>7</sup>. En lugar de ser editados con grandes tiradas por un solo editor, eran impresos simultáneamente en pequeñas cantidades por muchos editores, compitiendo cada uno por hacerse con la mayor parte de un mercado en el que no regían los derechos de autor. Pocos piratas intentaron producir falsificaciones exactas de las ediciones originales. Abreviaban, ampliaban y revisaban los textos como les venía en gana, sin preocuparse por las intenciones de los autores. Se comportaban como deconstruccionistas *avant la lettre*.

2. El asunto de la estabilidad textual nos conduce a la cuestión del papel de las bibliotecas de investigación en la era de Internet. No pretendo ofrecer respuestas fáciles, pero me gustaría situar la pregunta en perspectiva discutiendo dos visiones sobre la biblioteca, que describiría como grandes ilusiones: grandes y en parte ciertas.

A los estudiantes de los años cincuenta, las bibliotecas les parecían las ciudadelas del saber. El conocimiento venía encuadrado en tapas duras, y una gran biblioteca parecía contener todo eso en abundancia. Subir los peldaños de la biblioteca pública de Nueva York, atravesando los leones de piedra que guardan su entrada para ingresar en la monumental sala de lectura del tercer piso, era penetrar en un mundo que contenía todo lo conocido. El conocimiento estaba ordenado en categorías estándar que se podían consultar con la ayuda de las fichas del catálogo y en las páginas de los libros. En cualquier universidad la biblioteca se situaba en el centro del campus. Era el edificio más importante, un templo que resaltaba por sus columnas clásicas, donde se leía en silencio: sin ruido, sin comida, sin otra alteración que no fuera la mirada furtiva a un chico o a una chica, una cita potencial con alguien inclinado sobre un libro en silenciosa contemplación.

Los estudiantes de hoy todavía respetan sus bibliotecas, pero las salas de lectura están casi vacías en algunos campus. Para tentar a los estudiantes a que vuelvan, algunos bibliotecarios les ofrecen sillones para descansar y charlar, incluso bebidas y algún bocado, sin que importen las migas. Los estudiantes modernos o posmodernos hacen la mayor parte de la investigación en sus habitaciones, con los ordenadores. Para ellos, el conoci-

6. Véase su libro *El negocio de la ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800*. México, FCE, 2006.

7. Véase su obra *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución*. México, FCE, 2008.

miento llega en línea, no de las bibliotecas. Saben que éstas nunca podrían contenerlo todo entre sus paredes, porque la información no tiene fin, extendida a lo largo de Internet, de modo que para encontrarla se necesita un buscador, no las fichas de un catálogo. Pero esto también puede ser una gran ilusión; o, tomando el lado positivo, hay algo que se puede predicar de ambas visiones, de la biblioteca como ciudadela y de Internet como espacio abierto. Vayamos a los problemas planteados por *Google Book Search*.

En 2006, *Google* firmó acuerdos con cinco grandes bibliotecas de investigación –la New York Public, la de Harvard, la de Michigan, la de Stanford y la Bodleian de Oxford– para digitalizar sus volúmenes. Los libros con derechos de autor suponían un problema, que pronto se vio agravado con los pleitos que le pusieron editores y autores. Pero, dejando eso de lado, la oferta de *Google* parecía ofrecer una forma de poner la totalidad del saber bibliográfico a disposición de todo el mundo, o al menos de aquellos que fuesen lo bastante privilegiados como para tener acceso a Internet. Prometía ser la última etapa en la democratización del conocimiento puesta en marcha con la invención de la escritura, el código, el tipo móvil e Internet.

Ahora mismo hablo como un entusiasta de *Google*. Creo que *Google Book Search* realmente hará que el saber bibliográfico sea accesible de forma nueva, a escala mundial, a pesar de la gran brecha digital que separa a los pobres de los computerizados. También abrirá posibilidades a la investigación, dada la enorme cantidad de datos disponibles, que jamás podríamos manejar si no estuvieran digitalizados. Como ejemplo de lo que nos depara el futuro, citaré la Electronic Enlightenment, un proyecto patrocinado por la Voltaire Foundation de Oxford. En efecto, al digitalizar la correspondencia de Voltaire, Rousseau, Franklin y Jefferson –en torno a unos doscientos volúmenes en magníficas ediciones académicas– podremos reconstruir la República transatlántica de las letras a partir del siglo XVIII.

Las cartas de muchos otros filósofos, de Locke y Bayle a Bentham y Bernardin de Saint-Pierre, serán integradas en esta base de datos, de modo que los estudiosos puedan rastrear referencias a individuos, libros e ideas a través de toda la red de correspondencia que circuló durante la Ilustración. Otros proyectos semejantes –sobre todo American Memory, patrocinada por la Biblioteca del Congreso<sup>8</sup>, y Valley of the Shadow<sup>9</sup>, creada en la Universidad de Virginia– han demostrado la viabilidad y la utilidad de las bases de datos de estas dimensiones. Pero su éxito no prueba que *Google Book Search*, la empresa más grande de todas ellas, vaya a hacer que las bibliotecas de investigación queden obsoletas. Por el contrario, *Google* las hará más importantes que nunca. Para apoyar esta idea, quisiera exponer mi argumento en ocho puntos.

1. Según las más utópicas afirmaciones de sus seguidores, *Google* puede poner virtualmente todos los libros impresos en línea. Esa aseveración es engañosa y corre el peligro de crear una falsa conciencia, pues puede aturdirnos hasta el punto de descuidar nuestras bibliotecas. ¿Qué porcentaje de libros será digitalizado en los Estados Unidos? –parece que nunca importa el resto del mundo–: ¿el 75 por ciento?, ¿el 50 por ciento?, ¿el 25 por ciento? Incluso si fuera el 90 por ciento, el resto, los libros no digitalizados, podría ser importante. No hace mucho descubrí una novela libertina extraordinaria, *Les Bohémiens*, de un autor desconocido, el marqués de Pelleport, que la escribió en la Bastilla justo en el mismo momento en que, en una celda próxima, el marqués de Sade escribía sus novelas.

8. Se trata, según se indica, de «un registro digital de la historia y la creatividad americanas», que incluye grabaciones sonoras, impresos, mapas y muchas otras imágenes (nota del autor).

9. Un archivo de cartas, diarios, registros oficiales, periódicos e imágenes que documentan la vida de dos comunidades –una del norte y otra del sur– distantes doscientas millas una de otra en el Shenandoah Valley durante los años 1859-1870 (nota del autor).



Considero que este libro de Pellerport, publicado en 1790, es mucho mejor que cualquiera de los escritos por Sade; y más allá de cuáles sean sus méritos estéticos, revela mucho sobre la condición de los escritores en la Francia prerrevolucionaria. Con todo, solamente existen seis copias y, por lo que sé, ninguna de ellas está disponible en Internet<sup>10</sup>. (La Biblioteca del Congreso, que tiene una copia, no le ha dejado sus posesiones a *Google*),

10. Véase mi artículo aparecido en estas mismas páginas: «Finding a Lost Prince of Bohemia», *The New York Review of Books*, 3 de abril de 2008 (nota del autor).

Si en *Google* faltara este libro, y otros libros como éste, el investigador que confiara en *Google* nunca podría localizar ciertos trabajos de gran importancia. Los criterios sobre lo que es importante cambian de generación en generación, así que no podemos saber qué importará a nuestros descendientes. Puede que aprendan mucho estudiando nuestras novelas Harlequin o los manuales de los ordenadores o el listín telefónico. Los estudiosos y los historiadores de la literatura dependen hoy en gran medida de la investigación en almanaques, *chapbooks*<sup>11</sup> y otros tipos de literatura «popular» y, sin embargo, pocas de esas obras de los siglos XVII y XVIII han sobrevivido. Fueron impresas en papel barato, vendidas con cubiertas endebles, leídas hasta hacerlas pedazos e ignoradas por coleccionistas y bibliotecarios, que no las consideraban «literatura». Un investigador del Trinity College, de Dublín, descubrió recientemente un cajón lleno de olvidados libros de baladas, cada uno de los cuales es la única copia existente, todos inestimables a los ojos del estudioso moderno, aunque hace dos siglos no tuvieran valor alguno.

11. Literalmente, pequeños libros compuestos de poemas, cuentos populares o baladas que vendían los buhoneros (*chapmen*).

2. Aunque *Google* siguió una inteligente estrategia al firmar sus acuerdos con cinco grandes bibliotecas, los depósitos de todas ellas están lejos de agotar el total de libros que hay en los Estados Unidos. Contrariamente a lo que cabría esperar, hay pocas repeticiones en los volúmenes de esas cinco bibliotecas: el 60 por ciento de los libros digitalizados por *Google* sólo está en una de ellas. Hay cerca de 543 millones de volúmenes en las bibliotecas de investigación de los Estados Unidos. Según informó la propia empresa, el objetivo inicial era digitalizar quince millones. A medida que *Google* establezca acuerdos con otras bibliotecas –según los últimos datos, son veintiocho las que participan en *Google Book Search*– mejorará la representatividad de su base de datos digital. Pero todavía no se ha adentrado en las colecciones especiales, que es donde se guardan las obras más raras. Y, por supuesto, la totalidad de la literatura mundial –todos los libros en todos los idiomas del mundo– sobrepasa con mucho la capacidad de digitalización de *Google*.

3. Aunque sea de esperar que editores, autores y *Google* resuelvan sus disputas, es difícil imaginar que los derechos de autor dejen de ser un problema. Según la ley sobre el particular de 1976 y su modificación de 1998, la mayoría de los libros publicados después de 1923 están hoy en día protegidos por esos derechos, que se extienden ahora a los setenta años posteriores a la muerte del autor. En cuanto a los libros de dominio público, probablemente *Google* permitirá que los lectores vean el texto completo e impriman sus páginas. Sin embargo, en lo referente a los libros protegidos por los derechos de autor, seguramente *Google* sólo mostrará algunas líneas a la vez, lo que a su parecer se adecua a la legalidad.

*Google* puede persuadir a los editores y a los autores para que retiren sus demandas sobre los libros publicados entre 1923 y el pasado reciente, ¿pero conseguirá que modifiquen sus derechos para el presente y el futuro? En 2006 se publicaron en los Estados Unidos 291.920 nuevos títulos, y el número de nuevos libros impresos ha aumentado casi anualmente durante la pasada década, a pesar de la difusión de las publicaciones electró-

nicas. ¿Cómo puede *Google* seguir el ritmo de la producción actual y al mismo tiempo digitalizar todos los libros acumulados durante siglos? Es mejor aumentar las adquisiciones de nuestras bibliotecas de investigación que confiar en que *Google* preserve los libros futuros en beneficio de las generaciones venideras. *Google* define su objetivo en términos de comunicación de la información –eso es así hoy; pero no le compromete a guardar los textos indefinidamente.

4. El declive de muchas compañías es rápido en el cambiante entorno de la tecnología electrónica. *Google* puede desaparecer o ser eclipsada por una tecnología incluso mayor, que podría hacer de su base de datos algo tan anticuado e inaccesible como nuestros viejos disquetes y el CD-ROM. Las empresas electrónicas van y vienen. Las bibliotecas de investigación duran siglos. Mejor fortalecerlas que declararlas obsoletas, porque la obsolescencia es consustancial a los medios electrónicos.

5. *Google* incurrirá en errores. A pesar de su preocupación por la calidad y su control, faltarán libros, se saltarán páginas, habrá imágenes borrosas y muchas veces no podrá reproducir los textos a la perfección. Hubo un tiempo en el que creímos que el microfilm solucionaría el problema de la preservación de los textos. Ahora sabemos más.

6. Como en el caso del microfilm, no hay garantía de que las copias de *Google* duren. Los bits se degradan con el tiempo. Los documentos se pueden perder en el ciberespacio debido a la obsolescencia del medio en el que se codifican. El hardware y el software quedan desfasados a una velocidad angustiosa. A menos que se solucione el irritante problema de la preservación digital, todos los textos «nacidos digitales» pertenecen a una especie en peligro de extinción. La obsesión por desarrollar nuevos medios ha inhibido los esfuerzos para preservar lo viejo. Hemos perdido el ochenta por ciento de todas las películas mudas y el cincuenta por ciento de todas las realizadas antes de la Segunda Guerra Mundial. Nada preserva mejor los textos que el papel marcado con tinta, especialmente el papel fabricado antes del siglo XIX, a excepción de los textos escritos en pergamino o grabados en piedra. El mejor sistema de preservación jamás inventado es el anticuado y premoderno libro.

7. *Google* planea digitalizar diversas versiones de cada libro, tomando las copias tal como están dispuestas en las estanterías, como si se tratara de una línea de montaje; ¿pero estarán todas disponibles? Si es así, al buscarlas ¿cuál aparecerá en primer lugar en su lista de resultados? Un lector corriente se podría perder mientras busca entre miles de diferentes ediciones de las obras de Shakespeare, así que dependerá de aquellas que *Google* haga más fácilmente accesibles. ¿*Google* determinará el grado de relevancia de los libros de la misma manera que lo hace con el resto, de la pasta dentífrica a las estrellas de cine? Ahora tiene un algoritmo secreto que jerarquiza las páginas web atendiendo al número de enlaces desde otros sitios y al número de visitas que estos últimos tengan, y es presumible que aplique algún tipo de algoritmo similar para ordenar la búsqueda de libros. Pero nada sugiere que vaya a tener en cuenta los estándares prescritos por los bibliógrafos, tales como saber cuál es la primera edición impresa o la que mejor se corresponde con los deseos expresos del autor.

*Google* emplea centenares, quizá millares, de ingenieros pero, hasta donde yo sé, ni un solo bibliógrafo. El hecho de que no tenga ninguna preocupación visible por las cuestiones bibliográficas es particularmente deplorable, pues la mayoría de los textos,

como acabo de señalar, fueron inestables a lo largo de la mayor parte de la historia de la imprenta. Ninguna copia de un *best seller* del siglo XVIII hará justicia a la infinita variedad de sus ediciones. Los estudiosos serios tendrán que analizar y comparar muchas ediciones, pero consultando las versiones originales, no las reproducciones digitalizadas que *Google* componga según criterios que probablemente nada tendrán que ver con la investigación bibliográfica.

8. Aunque la imagen digitalizada y dispuesta en la pantalla del ordenador sea exacta no podrá capturar algunos aspectos cruciales de un libro. Por ejemplo, el tamaño. La experiencia de leer un pequeño volumen en duodécimo, diseñado para ser sostenido fácilmente con una mano, es bien diferente de la de leer uno mucho más pesado, en folio, apoyado en un atril. Es importante sentir el tacto de un libro: la textura del papel, la calidad de su impresión, el tipo de encuadernación. Su apariencia física nos proporciona pistas sobre su existencia como pieza de un sistema social y económico; y si contiene notas en los márgenes nos puede revelar muchas cosas sobre el lugar que ocupó en la vida intelectual de sus lectores.

Los libros también emiten olores especiales. Según una reciente encuesta entre estudiantes franceses, el cuarenta y tres por ciento considera que el olor es una de las cualidades más importantes de los libros impresos; tan importante que se resisten a comprar libros electrónicos inodoros. *CaféScribe*, una editora francesa en línea, está intentando contrarrestar esa reacción dando a sus clientes una pegatina que emite un olor rancio, libresco, cuando se adhiere al ordenador.

Cuando leo un libro viejo, levanto sus páginas hacia la luz y a menudo encuentro entre las fibras del papel pequeños círculos producidos por gotas que proceden de la mano de quien fabricó la hoja; o pedacitos de camisas y de enaguas que no fueron triturados adecuadamente durante la preparación de la pulpa. Una vez encontré la huella digital de un prensista atrapada en la encuadernación de una *Encyclopédie* del siglo XVIII: testimonio de los trucos empleados en el negocio de los impresores, que a veces ponían demasiada tinta en los tipos para que fuera más fácil conseguir una impresión al accionar la barra de la prensa.

Sin embargo, soy consciente de que puede parecer que cosas tales como «sentir» y «oler» socavan mi argumento. A la mayoría de lectores les preocupa el texto, no el medio físico en el que se presenta; además, al satisfacer mi fascinación por el tipo de impresión y por el papel, puede que me exponga a que me acusen de romántico o de parecer un estudioso pasado de moda, un fanático de los libros, que sólo desea retirarse a una sala repleta de volúmenes raros. Me declaro culpable. Amo las salas con libros raros y antiguos, incluso esas en las que te obligan a ponerte guantes antes de manosear sus tesoros. Esas salas son una parte vital de las bibliotecas de investigación, la pieza más inaccesible para *Google*. Pero las bibliotecas también proporcionan lugares para que los lectores corrientes se sumerjan en los libros, lugares tranquilos y confortables, donde un códice puede ser apreciado en toda su singularidad.

De hecho, el argumento más importante a favor del libro antiguo es su eficacia para los lectores corrientes. Gracias a *Google*, los estudiosos pueden buscar, navegar, recopilar, minar, enlazar y rastrear (los términos varían con la tecnología) millones de páginas web y de textos electrónicos. Al mismo tiempo, cualquier persona que busque una buena lectura

puede tomar un volumen impreso y hojearlo fácilmente, disfrutando de la magia de las palabras y de la tinta sobre el papel. Ninguna pantalla de ordenador da la satisfacción que procura la página impresa. Pero Internet ofrece datos que se pueden transformar en un código clásico. Ha hecho de la impresión bajo demanda una industria próspera y promete que los libros estén disponibles desde cualquier ordenador, que funcionarán como cajeros automáticos: se teclea el código, se hace el pedido electrónicamente y sale un volumen impreso y encuadernado. Quizá algún día al ojo humano le complazca tanto un texto en una pantalla portátil como la página de un código producido hace dos mil años.

Mientras tanto, sostengo que hemos de reforzar las bibliotecas. Que estén bien provistas de material impreso. Reforcemos sus salas de lectura. Pero no pensemos en ellas como si fueran un almacén o un museo. A la vez que prestan libros, la mayoría de las bibliotecas de investigación funcionan como centros neurálgicos para la transmisión de impulsos electrónicos. Adquieren bases de datos, mantienen depósitos digitales, dan acceso a revistas electrónicas y organizan sistemas de información que ponen al alcance de grupos e individuos. Muchas de ellas están compartiendo su riqueza intelectual con el resto del mundo al permitir que *Google* digitalice sus colecciones impresas. Por tanto, también digo: ¡larga vida a *Google!*, pero no cuenten con que subsista lo suficiente como para sustituir esos venerables edificios con columnas corintias. Como ciudadela del saber y como plataforma para aventurarse en Internet, la biblioteca de investigación todavía merece erguirse en el centro del campus, preservando el pasado y acumulando fuerzas para el futuro. ■



